



REVISTAS DE LITERATURAS MODERNAS

VOL. 53, Nº 2, JULIO-DICIEMBRE 2023 | PP. 109-132

ISSN 0556-6134, eISSN 0556-6134

<https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/literaturasm modernas>

RECEPCIÓN 8 FEB 2023 - ACEPTACIÓN 1 AGO 2023

Martina Chapanay: leyenda y novela de una gaucha montonera y salteadora

*Martina Chapanay: a Legend and a Novel
about the Highway Robber and a Montonera Gaucha*

Emiliano Sued

Instituto de Literatura Hispanoamericana
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires
Argentina
emilianosued@hotmail.com

Resumen

De origen huarpe y nacida en San Juan, Martina Chapanay fue una salteadora y una miembro de las montoneras de Facundo Quiroga y del Chacho Peñaloza. En el siglo XIX, Pedro Desiderio Quiroga y Pedro Echagüe contaron su historia. El trabajo propone la confrontación de dos textos poco estudiados, cuyos sentidos, personajes y escenarios se relacionan con los relatos sobre gauchos matreros, el *Facundo* y *El Chacho* de Sarmiento, las guerras civiles y la etapa de Organización Nacional posterior a Pavón. “Martina Chapanay. Leyenda histórica americana” fue publicada en el *Correo del Domingo* en 1865. El relato de Quiroga recorre la vida militar y criminal de la protagonista de un modo en que los montoneros y los bandoleros terminan siendo equiparados. Luego de la muerte de Peñaloza, Martina se transforma en la legendaria *baqueana* y *rastreadora* que auxilia al viajero. En la novela *La Chapanay*, publicada en 1884, Echagüe la *desfederaliza* y la presenta como una salteadora arrepentida que buscará redimirse convirtiéndose en el “Quijote de las travesías cuyanas”. En ambas versiones, la apariencia y el comportamiento viriles de Martina configuran una rebeldía contra el mandato de género que acompaña su espíritu matrero y trasciende los conflictos políticos y legales.

Palabras clave: montoneras – bandidismo – San Juan – travesía – huarpe

Abstract

Of Huarpean descent and born in the province of San Juan, Martina Chapanay was a highway robber and member of the *montoneras* of Facundo Quiroga and Chacho Peñaloza. In the 19th century, Pedro Desiderio Quiroga and Pedro Echagüe told her story. This article proposes the comparison of two little-studied texts, whose meanings, characters and settings are related to stories about outlaw gauchos, *Facundo* and *El Chacho* de Sarmiento, the civil wars and the stage of National Organization after the battle of Pavón. “Martina Chapanay. American historical legend” was published in the *Correo del Domingo* in 1865. Quiroga's story traces the heroine's military and criminal life in such a way that we find there is little difference between the *montoneros* and the bandits. After Peñaloza's death, Martina becomes the legendary *baqueana* and tracker who helps the traveller. In the novel *La Chapanay*, published in 1884, Echagüe erases her Federalist status and presents her as a repentant highway robber who seeks to redeem herself by becoming the “Quixote of the Cuyo *travesías*”. In both versions, Martina's virile appearance and demeanour constitute a rebellion against the gender mandate that accompanies her *matrero* spirit and transcends political and legal conflicts.

Keywords: montoneras – banditry – San Juan – crossing – Huarpe

Introducción

El trabajo propone la confrontación de dos textos poco estudiados: “Martina Chapanay: leyenda histórica americana”, de Pedro Desiderio Quiroga, y *La Chapanay*, de Pedro Echagüe. El objetivo es poner en relación sus principales sentidos, procedimientos literarios, personajes y escenarios con los relatos sobre gauchos matreros, el *Facundo* y *El Chacho* de Sarmiento, y, de un modo más sintético, con las guerras civiles y la etapa de Organización Nacional posterior a la batalla de Pavón (1861). Partiendo de la presunción de que estas producciones literarias han tenido poca difusión y pocas reimpressiones –muy especialmente la primera, que, hasta donde

sabemos, solo fue publicada una vez más, en 1871¹–, el análisis de sus resoluciones estéticas, de las formas genéricas que adoptaron y de las posiciones ideológicas de sus autores demandará numerosas citas o paráfrasis que recuperen el contenido textual al que se esté haciendo referencia.

“Martina Chapanay. Leyenda histórica americana” se publicó por primera vez, en dos entregas, en los números 65 y 66 del *Correo del Domingo*, el 26 de marzo y el 2 de abril de 1865. El relato recorre la vida militar y criminal de una mujer de origen huarpe, montonera y salteadora, nacida a comienzos del siglo XIX. En el texto de Quiroga, si bien los saqueos de los montoneros y las características de sus desplazamientos equiparan –al mismo tiempo que condenan– a estos hombres con los bandidos, Martina queda separada del resto, el autor la salva: su participación sucesiva en las montoneras y en las bandas criminales es justificada mediante un sentimiento puro o su naturaleza guerrera; en definitiva, valiosas cualidades vitales que no han sido correctamente encauzadas. Luego de la muerte de Peñaloza, Martina se transforma en la legendaria baqueana y rastreadora que auxilia al viajero. Quiroga aprovecha los tipos gauchos descriptos y destacados por Sarmiento en *Facundo* para acentuar el perfil legendario de su personaje. La forma “leyenda histórica” le permite situar precipitadamente las luchas civiles –de las montoneras contra el gobierno central de Buenos Aires– y el banditismo en el pasado. Por esa vía el relato colabora en la constitución simbólica de un estado nacional en vías de consolidación.

En la novela *La Chapanay*, publicada en 1884, Echagüe aleja a la protagonista de las luchas políticas y la presenta como una salteadora arrepentida, alguien que comete un error al dejarse arrastrar por el criminal del que estaba enamorada. Martina busca luego redimirse convirtiéndose en el “Quijote de las travesías cuyanas”, una figura que condensa su voluntad aventurera para prestar auxilio al viajero y que alcanzará estatuto místico tras su muerte, situada por Echagüe en 1874. Pero esta práctica solidaria a su vez comprende el despliegue social y espacial de una mujer

¹ En el folletín del semanario bonaerense *Monitor de la Campaña* (del número 8 al 11, entre el 14 de agosto y el 4 de septiembre de 1871).

pobre que se ha rebelado contra el lugar que le fue asignado en el orden doméstico. En ese sentido, tanto en la versión de Quiroga como en la de Echagüe, la apariencia y el comportamiento viriles de Martina configuran una rebeldía contra el mandato de género que acompaña su espíritu matrero y trasciende los conflictos políticos y legales.

El sendero de la patria

Al leer las últimas líneas de “Martina Chapanay: leyenda histórica americana”, podemos reconocer una suerte de mecanismo biográfico, una manera de presentar una historia de vida: el protagonista habría sido diferente, habría sido otro, si algo hubiera pasado. Dice el narrador, como conclusión del relato: “Preciso es confesar, en honor de la verdad, que Martina, con una educación esmerada y en otro teatro más digno, habría sido una Juana de Arco o una Policarpa Zalabarrieta” (Quiroga, 1865, p. 223)². De igual modo, en 1845, decía Sarmiento en *Facundo*:

La carrera gloriosa de las armas se abría para él con los primeros rayos del sol de Mayo; y no hay duda que con el temple de que estaba dotado, con sus instintos de destrucción y carnicería, Facundo, moralizado por la disciplina y ennoblecido por la sublimidad del objeto de la lucha, habría vuelto un día del Perú, Chile o Bolivia, uno de los generales de la República Argentina, como tantos otros valientes gauchos que principiaron su carrera desde el humilde puesto de soldado. (2000, p. 106)

Dirá el narrador de *Juan Moreira* sobre el protagonista, en 1879: “lanzado en las sendas nobles, por ejemplo, al frente de un regimiento de caballería, hubiera sido una gloria patria” (Gutiérrez, 2001, p. 15). Y poco después, agrega: “Educado y bien dirigido, cultivadas con esmero su propensión guerrera y su astucia, (...) hubiera hecho una figura gloriosa” (p. 15).

La estructura condicional subtiende una historia alternativa que permanece latente e irradia cierta cuota de aceptación, indulgencia, admiración y hasta fascinación por quien ha tomado el camino equivocado; esa otra historia posible –contrafáctica– ilumina desde abajo la historia crítica que se despliega en la superficie; es la que explica y hasta cierto punto disculpa las

² La paginación corresponde al volumen 3 del *Correo del Domingo*.

acciones que efectivamente el biografiado/protagonista ha llevado a cabo. Esa biografía fallida, esa historia que no pudo ser es la que permite destacar bondades o virtudes en medio de una cadena de situaciones y acciones reprobables.

La ficción imaginada por el escritor revela una axiología. El destino que finalmente no tuvo lugar es el de aquel que pone su vida al servicio de la patria; la historia de estos protagonistas es el negativo de la historia del héroe; la hipotética trayectoria de vida de esta figura marca el camino recto, el ideal respecto del cual la historia real resulta un desvío. El alejamiento del parámetro moral (del *debería haber sido*) dimensiona el lamento (¿y el deseo?) del escritor, pone de manifiesto la oportunidad perdida, da lugar a la fatalidad (y a la escritura).

En el caso del relato de Pedro Quiroga, el camino posible y deseado es el de dos mujeres al servicio de la causa nacional; dos heroínas, dos mártires, que sacrificaron su vida por la patria; habiendo defendido su propia libertad, habiendo superado las severas limitaciones que la sociedad de su época les imponía a las mujeres, pudieron luchar por la libertad y la gloria de su nación. Las virtudes no realizadas, potenciales, de Martina, esta capacidad de haber podido ser alguien admirable, se ve frustrada, no se concreta, debido a una falta y a un condicionamiento. Es así que la historia posible pero fallida permanece oculta y requiere una *confesión* que la exhume, y de ese modo quede (parcialmente) disculpado no solo el biografiado, sino el también biógrafo. Esa potencialidad ahora explícita es la que, en el final del relato, debería darle mayor relieve a todo lo que acaba de ser narrado.

Adriana Rodríguez Pérsico señala que en las “biografías de la barbarie” escritas por Sarmiento, el autor sostiene la idea (que se convertirá en propuesta y acción política) de que son las instituciones las que deben encauzar y fiscalizar las energías que los hombres notables del mundo bárbaro son capaces de desplegar (1993, p. 103). Para Sarmiento –continúa Rodríguez Pérsico–, el Ejército y la familia son los espacios que debieron contener y, por lo tanto, volver productivos, virtuosos, los perturbadores “excesos de vida” de hombres como Facundo Quiroga o el fraile José Félix Aldao. El objetivo es “que el ‘gaucho valiente’ sofoque al caudillo” (p. 104).

Para postular un destino diferente en la vida de Martina Chapanay, Pedro D. Quiroga designa una tercera institución: la escuela. Al igual que Sarmiento, cree en el poder transformador de la educación y, en especial, de la lectura. En 1865, momento en que publica la leyenda de Martina, era un estudiante de derecho y “enseñaba en el Colegio Nacional y en el curso preparatorio de la Universidad” (Cutolo, 1978, p. 673). Más tarde será uno de los miembros fundadores de la Biblioteca Popular Franklin en San Juan (la primera del país), e integrará distintas comisiones destinadas a proteger y propagar las bibliotecas públicas en el territorio nacional³. Además de ser sanjuanino, su larga carrera en la instrucción pública y su ferviente interés por afianzar y expandir la lectura en todos los estratos de la sociedad lo vincularon muy estrechamente a Sarmiento.

La otra falta que impide el cumplimiento del destino ilustre, aquel que habría hecho de Martina una mujer comparable a Juana de Arco o Policarpa Salavarrieta, es un “teatro más digno”. A Martina le ha faltado una causa, un campo de acontecimientos que promueva acciones más nobles. Veinte años antes, Sarmiento imaginaba un Facundo “ennoblecido por la sublimidad del objeto de lucha” (2000, p. 106): la ocasión hace al héroe. Nacida a comienzos del siglo XIX, Martina acaso no tuvo edad suficiente para participar en las guerras de la Independencia; sus años de juventud se corresponden con las guerras civiles que comenzaron en la década de 1820 y se prolongaron durante muchos años. Según Pedro Quiroga, ella es la última descendiente del último cacique huarpe del valle de Zonda; es decir que cierra un linaje, es la representante de una raza casi extinguida: “una parte pereció defendiendo la independencia americana, en el Ejército de San Martín; otra ha sucumbido en nuestras disensiones políticas posteriores a la revolución de Mayo” (Quiroga, 1865, p. 207). El escenario de guerras civiles no genera indiscutidos héroes nacionales; es la mirada parcial (facciosa) la que determina los límites del reconocimiento.

³ También fue inspector general de escuelas de la provincia de Buenos Aires y miembro de la Comisión Nacional de Escuelas. En 1871 publicó *Legislación y jurisprudencia de la educación común*, compilación de las doctrinas y leyes más notables sobre esta materia. En 1875 se convirtió en secretario del Consejo y de la Dirección General de Educación; en 1881, fue designado director de la Biblioteca y Archivo del Consejo Nacional de Educación; y años después fue designado procurador y agente judicial de este Consejo. Publicó también algunos folletos sobre el mejoramiento de escuelas y la instrucción pública (Cutolo, 1978, pp. 673-674).

De acuerdo con Rodríguez Pérsico, en las biografías de la barbarie hay “una increíble supervivencia de la historia de la patria preservada por la institución. El ejército resguarda los intereses comunitarios y es el brazo armado de los ideales de Mayo” (1993, p. 106). Para Sarmiento, son sin duda los unitarios quienes le han dado supervivencia a la institución militar; y en la década de 1860, en los años posteriores a Pavón, quienes aún representan esa tradición son los ejércitos regulares que enfrentarán desde el gobierno central de Buenos Aires a las montoneras del interior. Pedro Quiroga, aunque reivindica –de un modo moderado y menos explícito– la línea patriótica de la que se ha investido a los ejércitos unitarios y nacionales decide contar la historia de Martina Chapanay, quien fue parte de las fuerzas federales de Facundo Quiroga y de las del Chacho Peñaloza⁴.

En 1884, el año en que Eduardo Gutiérrez publica *El Chacho* (el primer volumen de la trilogía dedicada al caudillo riojano), Pedro Echagüe –nacido en Buenos Aires y fallecido en San Juan– publica la novela *La Chapanay*. En cuanto a la fidelidad histórica de los episodios allí narrados, Marcos Estrada considera que la versión de Echagüe contiene muchos elementos ficcionales y es poco confiable en términos históricos: “El escrito es manifiestamente ficticio en cuanto se refiere a lo anecdótico; cuando introduce el dato histórico, es igualmente inexacto” (1962, p. 151). De un modo menos categórico, Hugo Chumbita también critica el grado de veracidad fáctica con que trabaja Echagüe, pero su opinión está algo más desarrollada y comprende otros aspectos:

Las memorias populares se han mezclado con la trama novelística de Echagüe, que tuvo gran difusión y no carece de atractivo literario. Si bien el autor declara fundarse en los testimonios orales, su relato fue escrito con una evidente intención de sustraer a la Chapanay de la tradición federal (2013, p. 86).

Efectivamente, en *La Chapanay*, Echagüe *desfederaliza* a Martina e incluso se propone dejarla al margen de toda postura política; se concentra en su pasado delictivo de la década de 1830, en sus posteriores años de expiación,

⁴ En ocasión de la rebelión federal que se produjo en Mendoza entre noviembre de 1866 y abril de 1867, Pedro Quiroga fue asistente del general Wenceslao Paunero. Sin embargo, al regresar a su provincia, cuando le tocó ejercer como abogado, “logró la revocación de varias sentencias, apelando ante la Suprema Corte, como ‘defensor de reos de delito de rebelión’” (Cutolo, 1978, p. 673).

y luego salta hasta 1874 para narrar la muerte de la protagonista. En el prefacio, desde el presente de la escritura, Echagüe afirma que los salteadores, los gauchos bandidos de la campaña, son parte de un pasado bárbaro que el país ha superado, “un medio material y moral que la civilización ha ido transformando” (Echagüe, 1845, p. 71). La perspectiva temporal y el contexto político e institucional de los años ochenta le brindan al autor condiciones más favorables para separarse de la realidad y novelar la historia de Martina. Podríamos decir que, acaso sin proponérselo, Echagüe presenta una solución para narrar la historia de esta bandolera sin que le resulte necesario *confesar* aquello que disculparía su impulso literario.

Crímenes y caminos hacia la redención

Llama la atención que Sarmiento no se haya detenido –siquiera brevemente– en Martina Chapanay. No solo era sanjuanina, sino que su caracterización se ajusta bien a las figuras del gaucho malo, el rastreador y el baqueano, además de que provenía de la tribu de los huarpes, los aborígenes de los que se ocupa Sarmiento al comienzo de *Recuerdos de provincia*. Concretamente, Calíbar, el rastreador por antonomasia era descendiente de los huarpes. En *El Chacho*, publicado tres años después del texto de Pedro Quiroga, Sarmiento hará una única mención al apellido de Martina: “Las lagunas de Huanacache están escasamente pobladas por los descendientes de la antigua tribu indígena de los huarpes. Los apellidos Chiñinca, Juaquinchay, Chapanay, están acusando el origen y la lengua primitiva de los habitantes” (1973, p. 78)⁵.

En *Facundo*, luego de cuatro capítulos en que Sarmiento despliega el escenario geográfico, social, cultural y político donde se desarrolla el drama de las guerras civiles, finalmente empieza la biografía del caudillo riojano asesinado en 1835. Sarmiento nos da una primera idea del personaje a partir de una breve “escena”; pero antes de narrarla, describe el espacio natural en que tendrá lugar:

⁵ Si bien Pedro Quiroga incluye las Lagunas de Guanacache entre los lugares donde habitaron las comunidades huarpes, sitúa a la tribu en la que nació Martina en el valle de Zonda.

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto que, por su falta completa de agua, recibe el nombre de *travesía*. El aspecto de aquellas soledades es, por lo general, triste y desamparado, y el viajero que viene de oriente no pasa la última *represa* o aljibe de campo sin proveer sus *chifles* de suficiente cantidad de agua. (2000, p. 99)

En *El Chacho*, en el capítulo “Las travesías”, Sarmiento brinda una descripción geográficamente más completa de este territorio desértico:

Las faldas orientales de la cordillera de Los Andes (...) pocas corrientes de agua dejan escapar para humedecer la llanura que se extiende hasta las sierras de Córdoba y San Luis, al Este, que limitan este valle superior. (...) Desierto es el espacio que cubren los llanos de La Rioja, las Lagunas de Huanacache, hasta las faldas occidentales de las dichas sierras. (...) Veinte mil leguas cuadradas que forman las Travesías, están más o menos pobladas según que el agua de pozos, de baldes, o aljibes, ofrece medios de apacentar ganados. (1973, p. 77)

Más adelante, en el capítulo “El Chacho en Córdoba”, dice que algunos huarpes formaban parte de la rebelión contra el gobierno de San Juan y otras provincias aledañas: “Como se ha visto ya, los descendientes de los indios de Mogna, los de los Huarpes, de Guanacache, y los raros pobladores del desierto al oriente de Pie de Palo, estaban desde el principio en abierta insurrección” (Sarmiento, 1973, p. 130). La razón ya la ha brindado el mismo Sarmiento en “Las travesías”: los indios fueron desalojados de sus tierras por los conquistadores y sus herederos criollos, que establecieron estancias ganaderas; cuando no directamente exterminados, los indios fueron desplazados a reducciones de tierras infértiles; en otros casos, conservaron un territorio al que se le quitó el agua desviando el curso original de las corrientes naturales. Concluye Sarmiento:

¿Cómo se explicaría, sin estos antecedentes, la especial y espontánea parte que en el levantamiento del Chacho tomaron, no sólo los Llanos y los Pueblos de La Rioja, sino los laguneros de Guanacache, los habitantes de Mogna y Valle Fértil, y todos los habitantes de San Juan diseminados en el desierto que se extiende al Este y norte de la ciudad y hasta el pie de las montañas por la parte del sur, con el Flaco de los Berros que tanto dio que hacer? (1973, p. 84)

Sobre los seguidores del Chacho, Ariel de la Fuente sostiene que los rebeldes no eran criminales ni profesionales militares, y que las montoneras no eran una expresión de bandidaje rural ni un modo de vida, sino una de las formas que tomaron las luchas partidarias y una de las formas en que los gauchos se involucraron en la política (2000, p. 189). Pero en la versión de Pedro Quiroga, Martina sin duda representa un punto de encuentro entre los salteadores y los montoneros, primero de Facundo Quiroga y luego del Chacho.

Eric Hobsbawm afirma que el bandolerismo debe ser analizado en el contexto del control que ejercen o pretenden ejercer los gobiernos u otros centros de poder (en el campo, principalmente los dueños de la tierra y el ganado) sobre los territorios y las poblaciones (2001, p. 24). En el relato de Pedro Quiroga, esa relación aparece formulada en las primeras líneas del relato: “Allá en tiempos de la conquista americana, moraba la tribu de los Huarpes, en el mismo valle donde hoy se asienta la ciudad de San Juan. Esos indígenas fueron despojados de sus mejores propiedades” (p. 207). A continuación, el narrador brinda una descripción del escenario y el panorama en que Martina comienza su carrera criminal:

Los caminos que de diversos puntos conducen a San Juan, atraviesan por áridos desiertos de veinte a cuarenta leguas, por escabrosas serranías o por espesos bosques, propios para guaridas de salteadores. Por los años de 1833⁶, pululaban en todos los caminos cuadrillas de salteadores, que asechaban a los viajeros en los parajes más solos e inhospitalarios, matándolos en caso de resistencia. (Quiroga, 1865, pp. 207-208)

En coincidencia con las precisiones aportadas por Hobsbawm, el narrador de la novela de Echagüe, *La Chapanay*, señala que las condiciones geográficas, las antiguas condiciones materiales y los débiles recursos

⁶ Tanto en la versión del *Correo del Domingo* como en la del *Monitor de la Campaña*, en lugar de 1833 leemos 1853, lo cual resulta una evidente errata, porque se está haciendo referencia a los años inmediatamente posteriores a la disolución de la montonera de Facundo Quiroga. Marcos Estrada (1962), el autor más convocado por aquellos que han estudiado la vida de Martina Chapanay, al citar este mismo fragmento, sin ninguna aclaración que dé cuenta de su corrección, anota directamente 1833. Coincidentemente, Sarmiento sitúa este año como el momento en que comienza la decadencia de la ciudad de San Juan: “Cualquiera que fuese el partido dominante, gobernador y empleados eran tomados de la parte educada de la población, hasta el año 1833, en que Facundo Quiroga colocó a un hombre vulgar [Martín Yanzón] en el gobierno” (2000, p. 92).

policiales facilitaban el funcionamiento del bandidismo. A su vez, su descripción topográfica se aproxima mucho a la de Pedro Quiroga; las sierras circundantes, así como también los montes (bosques) de algarrobos y chañares, constituyen el refugio de los salteadores que atacan en los desolados e inhóspitos llanos de la travesía:

Los ladrones de caminos ejercían su siniestra industria casi impunemente por aquellos tiempos. Las grandes distancias que separaban entre sí los centros poblados, lo primitivo de los medios de transporte, limitados a la cabalgadura y a la galera, lo desierto de los campos que para trasladarse de pueblo a pueblo y de ciudad a ciudad, era necesario atravesar, todo eso facilitaba el salteo y el robo en descampado. Las policías bastaban apenas para mantener el orden en los departamentos urbanos, y los salteadores podían operar en completa libertad, refugiándose luego, como en seguras guaridas, en los vericuetos de las serranías, o en los montes de algarrobos, y chañares que crecen en las desoladas travesías. (Echagüe, 1945, pp. 84-85)

De acuerdo con Hobsbawm, una epidemia de bandolerismo es síntoma de una distorsión social, surgida de importantes transformaciones que traen aparejada la resistencia de comunidades o pueblos enteros frente a la destrucción de su forma de vida. Es así que en “estas épocas el bandolerismo puede ser el precursor o el acompañante de movimientos sociales de mayor importancia, tales como las revoluciones campesinas” (2001, p. 39). En el presente de la narración de la novela de Echagüe, el ambiente natural de las Lagunas se encuentra completamente degradado, y el pueblo de los laguneros se ha extinguido. Pero en la descripción del narrador, este estado no resulta de un proceso. Instalando un hiato temporal que desliga dos etapas puestas en sucesión por la sintaxis del párrafo, el narrador pasa de decir que las contiendas políticas y militares no incidieron en la vida de la comunidad a decir que lo hicieron de manera muy negativa:

El ruido de armas no turbó la tranquilidad de aquellos lugares; y ni cuando el caudillaje trastornó todo el país, dejaron de ser los laguneros un pacífico pueblo de pescadores y pastores, aislados del resto del mundo al borde de sus lagunas. La región de las Lagunas de Guanacache, está hoy lejos de ser lo que antes fue. Se ha convertido en un desierto en el que el fango y los tembladerales alternan con los arenales. El antiguo pueblo ha desaparecido. Los caudillejos locales concluyeron por envenenar el espíritu de aquellos

hombres sencillos y primitivos, y Jerónimo Agüero, Benavidez y Guayama, los arrastraron al fin a las revueltas, perturbando su vida de paz y de trabajo. (Echagüe, 1945, p. 76)

Dentro de la omisión que explicaría semejante transformación, aquello que habría ocurrido durante el pasaje de un estado a otro, podríamos incluir aquello que el narrador no cuenta –ni contará– sobre la participación de Martina en las guerras civiles, como miembro de las montoneras de Facundo Quiroga y del Chacho Peñaloza. En la versión de Pedro Quiroga, Martina es montonera antes que salteadora. Siendo muy joven, vio deslumbrada los movimientos militares de quienes se unían a los ejércitos nacionales que batallaban por la Independencia. Algunos de sus familiares participaron en estas guerras. Todo esto dejó una fuerte impresión en su “imaginación salvaje”, explica el narrador. Años después, durante las guerras civiles, cuando las huestes de Facundo Quiroga pasaban por San Juan, además de que el despliegue militar despertó sus recuerdos, Martina siguió los pasos de un montonero a quien amaba. Durante la campaña del caudillo riojano, el “carácter varonil” de Martina, dice el narrador, le infunde valor a su amado; en estas instancias, adquiere y luce sus virtudes guerreras: “se adiestró de tal manera en el arte de andar a caballo, manejar el lazo, las bolas y el cuchillo que el más pintado gaucho la envidiara” (Quiroga, 1865, p. 207).

Su compañero muere en la batalla de la Ciudadela (en Tucumán), en 1831; Martina sigue en las filas de Facundo haciendo de espía⁷. Disuelta la montonera a comienzos de la década del 30, Martina decide volver a sus pagos. Se encuentra con un panorama desolador: algunos de sus familiares han resultado víctimas de las guerras civiles, otros han abandonado sus hogares. Entonces el narrador encuentra una razón para el nuevo camino que Martina está a punto de tomar: convertirse en bandolera. Además del abatimiento producido por la soledad, “Martina sintió la necesidad de buscar otro ambiente menos desagradable, otras impresiones más conformes con los hábitos contraídos en la guerra” (Quiroga, 1865, p. 207). Esta última necesidad, aquella que surge de un hábito del que resulta difícil

⁷ También Policarpa Salavarrieta cumplió esa función.

tomar distancia, es una de las razones expuestas por Marcos Estrada, quien suma otras de índole social y económica. Se trataba de una gran cantidad de individuos desocupados que debían encontrar un medio de subsistencia y a quienes “la constante vida militar había separado de las tareas rurales o ciudadanas” (1962, p. 105).

Más allá de las observaciones en el plano colectivo, pueden convertirse en bandidos –afirma Hobsbawm– “los hombres que se niegan a asumir el papel social manso y pasivo del campesino sometido; los testarudos y recalcitrantes, los rebeldes individuales” (2001, p. 51). El caso de Martina Chapanay es sin duda el de una rebelde que se niega a asumir lo que se espera de ella; este es el desvío inicial que muestra su naturaleza singular, la que le permitiría convertirse en Juana de Arco o Policarpa Salavarrieta, pero que, dada su falta de educación y la ausencia de un “teatro más digno”, es la que la lleva por el camino del crimen y la rebelión montonera. En el relato de Pedro Quiroga, Martina es presentada justamente a partir de esas expectativas y presunciones no cumplidas, lo que cualquiera habría esperado que fuera de acuerdo con el contexto en que nació:

Descendiente de una raza que, de altiva e indomable, se ha convertido por el roce con la sociedad civilizada, en pacífica y de buena índole, cualquiera diría que Martina debía participar de su mismo carácter apacible, cualquiera diría que el espíritu varonil de sus primitivos ascendientes, ya no debía animarla, cualquiera supondría en esa mujer instintos y costumbres propios de su sexo... Mas, ¡cuán equivocado está quien tal piense!... Martina es una mujer especial, una originalidad de esas que aparecen muy de tarde en tarde, como vais a verlo en el curso de esta leyenda. (Quiroga, 1865, p. 207)

Echagüe sitúa el nacimiento de Martina en 1811 –esto es, once años después que Pedro Quiroga–, en las Lagunas de Guanacache. Y aunque esta región fue habitada por los huarpes, Martina no tiene la sangre de estos indios, ya que su madre era blanca y su padre, según Echagüe, era natural del Chaco y “había sido arrebatado de la tribu de los Tobas” (Echagüe, 1945, p. 74). En el prefacio, el autor resume el recorrido vital de Martina; allí justifica su ingreso en el mundo criminal y anticipa las acciones virtuosas que configurarán la última imagen del personaje:

En la primera parte de su vida no fue precisamente una ladrona, sino una sometida al bandolero con quien vivía. Cuando se emancipó de él, se

entregó al bien, y hay sin duda una gran nobleza de ese gaucha-hembra que se convierte en una especie de Quijote de las travesías cuyanas, primero por natural honradez, y luego por su afán de redimirse de culpas anteriores. (Echagüe, 1945, p. 72)

Al igual que en el relato de Quiroga, en la novela de Echagüe, Martina es presentada con rasgos de varón: “crecía casi abandonada, sin dirección ni consejos, en la vida semisalvaje de las Lagunas. A tan corta edad, denotaba ya un carácter rebelde y varonil” (Echagüe, 1945, p. 89). Pero al menos en su fase criminal, Martina no tiene la impronta activa del personaje masculino. El destino de salteadora de Martina parece ser la herencia de un origen traumático. La protagonista terminará siendo salteadora como aquellos que mataron al primer marido de su madre. Juan Chapanay, el futuro padre de Martina fue quien rescató a la flamante viuda cuando yacía malherida y abandonada luego de que ella y su esposo fueran atacados por una banda de salteadores.

Según Hobsbawm, “las mujeres de una banda rara vez van más allá de su aceptado papel sexual. No llevan armas de fuego y normalmente no toman parte en la pelea” (2001, p.158). En el relato de Quiroga, Martina se diferencia en un doble sentido de esta función; en primer lugar porque el narrador la presenta como “la célebre capitana de bandidos”; y en segundo, porque luego de un golpe en el que traiciona a sus compañeros y huye sola con el botín—que consistía en un “apero chapeao” y ropas de gaucha—, roba un caballo y lo monta con el lujoso recado y se viste con las prendas robadas; desde ese momento, el traje masculino sustituye completa y definitivamente al de mujer. Martina se traviste y su apariencia engaña. Por las soledades y en medio del silencio de un pequeño paraje se ve a un jinete solitario persiguiendo unos guanacos. “¿Quién es ese gaucha solitario?”, pregunta el narrador; e inmediatamente responde: “Es Martina Chapanay; viste traje de hombre” (Quiroga, 1865, p. 222).

En *Cultura y simulacro*, Jean Baudrillard traza la siguiente distinción: “Disimular es fingir no tener lo que se tiene. Simular es fingir tener lo que se no se tiene. Lo uno remite a una presencia, lo otro a una ausencia” (1978, p. 8). En el caso de Martina, la simulación comprende un exceso: se viste de hombre, *simula* ser hombre, con la intención de tener la oportunidad de demostrar que es *más hombre* que el resto de los hombres. Luego de haber

transformado su apariencia, el narrador del relato de Quiroga describe, en un tiempo presente que refiere cierta continuidad o repetición rutinaria, sus incursiones fuera de la ley; difícil no recordar en estas líneas al gaucho malo (o incluso al cantor) del *Facundo*:

Júntase con sus camaradas y recorre todas las pulperías. Juega, se embriaga y da y recibe sendas puñaladas en todos los suburbios de la ciudad. La justicia la persigue, huye a *Caucete*, de allí pasa a *Angaco* y recorre por fin todas las poblaciones, siempre con el mismo entusiasmo de dar muestra de su destreza en el manejo del caballo y de su arma favorita, el cuchillo. (Quiroga, 1865, p. 221)

En la versión de Quiroga, Martina se corresponde bastante bien con lo que Hobsbawm llama un bandolero social. Además de su origen rural, Martina no se aleja de la sociedad campesina; es considerada una criminal por las autoridades, pero no comete abusos de ningún tipo contra los miembros de su comunidad o de su clase social, y podría decirse que goza de cierta popularidad cuando, con el botín recaudado, ella y sus secuaces hacen fiestas en las que Martina es la protagonista, en las que beben barriles de aguardiente y organizan juegos de apuestas a los que asisten todos los tahúres de las cercanías.

En la novela de Echagüe, Cruz, apodado el “Cuero”, es el gaucho malo de la historia; y Martina es solo su compañera. Repitiendo una escena típica de la literatura sobre gauchos fuera de la ley, es la mujer secuestrada por el gaucho perseguido. Se trata de “raptó consensuado”, una variante que ya tenía sus antecedentes (*Aventuras de un centauro de la América meridional* [1868], de José Joaquín de Vedia; o *Juan Cuello* [1880], de Eduardo Gutiérrez, por dar solo un par de ejemplos). Martina es presentada entonces como una enamorada que se deja arrastrar a la mala vida por Cuero:

La naturaleza honrada de Martina Chapanay, se rebelaba contra la idea del robo y del asalto. El recuerdo de lo que sabía de su madre, recta, misericordiosa y buena, le vino más de una vez a la memoria, y sintió remordimientos y vergüenza de la abyección en que la hija iba a caer. Pero había dado ya el primer paso y las circunstancias la arrastraron. Además, seguía queriendo a Cruz Cuero, cuya brutalidad ejercía sobre ella una extraña fascinación. (Echagüe, 1945, p. 95)

Al lado de Cuero, a quien primero ama y poco después desprecia, Martina se masculiniza (“recibe una educación de marimacho”) y se convierte en bandido y cuchillero. A pesar de ello, queda siempre a salvo de la condena moral del narrador. Es parte de la banda de salteadores pero trata de participar lo menos posible: “Martina Chapanay no bebía ni tomaba parte en la algazara. [...] Decididamente, el fondo generoso y sano que aquella mujer había heredado de su madre se mantenía latente, a pesar de la crápula y el delito en que estaba viviendo” (Echagüe, 1945, pp. 100-101). Luego de un golpe en el que Cuero mata a un joven viajero, Martina decide abandonarlo. En 1830 –cuenta el narrador–, cuando la policía, comandada por el gobernador Gregorio Quiroga⁸, luego de una larga búsqueda, logra encontrar y enfrentar a la banda de salteadores, en lugar de huir, Martina se entrega.

Con la intención de morigerar su castigo, ella misma propone un plan para que el fugitivo Cuero sea capturado. En la redada, la policía cree atrapar a este bandido al confundirlo con otro a quien le han destrozado la cabeza. Pero no solo Cuero ha vuelto a escapar (sin que la policía lo sepa), también lo ha hecho Eladio Bustillo, alias el Doctor. El relato enmarcado de este personaje cuenta su historia fuera de la ley: ha sido un prófugo y un vagabundo, primero, y un salteador⁹ después. Con la historia de Cuero, en la que Martina no es el personaje principal (es una víctima de Cuero), y la historia del “Doctor”, la novela se aleja de lo que se esperaría que fuera su centro temático. Sin embargo, la historia del Doctor, y más específicamente este personaje, es utilizado por Echagüe para cerrar la trama de la novela, y evitar así la mera sarta episódica.

Habiendo reparado sus cuentas con la justicia, Martina es absuelta. Volver a la legalidad implicará volver al género: “Quiero ser caritativa y olvido tus acciones pasadas, a fin de que puedas volver al buen camino. Aquí tienes

⁸ En realidad, Manuel Gregorio Quiroga del Carril, miembro del partido federal, fue gobernador de San Juan entre enero de 1827 y noviembre de 1828.

⁹ Eladio Bustillo, alias el Doctor, podría ser considerado –de acuerdo con la clasificación de Hobsbawm– un “barón ladrón”, dado que proviene de una familia rica y prestigiosa de San Juan, amiga del general San Martín, de cuyo ejército libertador Eladio llega a ser teniente. Por amor a la hija de un realista, comete un acto de traición y es descubierto. Para evitar ser juzgado por un consejo de guerra, huye; comienza entonces su vida fuera de la ley (Echagüe, 1945, pp. 114-115).

un vestido de mujer; deja esos harapos de hombre que te cubren, y ven conmigo” (Echagüe, 1945, pp. 142-143), le propone la mujer que la tuvo trabajando en su casa, y de la que Martina se fugó para seguir a Cuero. La señora Sánchez la lleva a vivir a la ciudad de San Juan, pero al ver que Martina está triste porque siente nuevamente la necesidad de “aire y libertad”, la exime de su compromiso y le brinda lo necesario para que Martina siga su deseo: un caballo, un traje de gaucho, una daga e instrumentos de caza. Esto es censurado por el narrador, quien considera que, en lugar de convertirla en una “gaucha aventurera”, la señora Sánchez debió haberle enseñado las primeras letras. Podríamos decir que, al igual que Pedro Quiroga, Echagüe también cree que la educación hubiera puesto a la protagonista en un sendero diferente, mejor.

Martina pretende comenzar una nueva vida yéndose “a los campos”: “allí me convertiré en protectora del viajero extraviado, cansado o sediento... haré todo lo contrario de lo que hacen los salteadores, y seré su peor enemigo” (Echagüe, 1945, p. 144). Como primer destino elige el lugar donde nació, tiene necesidad de vagar “por aquellas arenas”. Pero al volver al hogar familiar encuentra el rancho donde vivía con sus padres en ruinas. Los laguneros huyen de ella, la discriminan por su mala fama.

A comienzos de la década del 40, en la versión de Quiroga, Martina participa en la nueva racha de batallas que enfrentan a las fuerzas unitarias con las federales. En este caso, integra las filas del gobernador de San Juan, Nazario Benavídez, quien luchará contra el ejército del coronel Mariano Acha. Es ambiguo el fragmento en que se narra el enfrentamiento de los ejércitos comandados por estos dos hombres. Acaso la condición de unitario o liberal de Pedro Quiroga es la que lo lleva a destacar la acción de su protagonista, al mismo tiempo que no puede dejar de declarar la valentía de Acha, la superioridad (teórica y simbólica) de su ejército regular (de un modo similar a los elogios de Sarmiento a Paz cuando este enfrenta a Facundo).

En *La Chapanay*, Echagüe exhibe su posición antirrosista al incluir una aventura de Martina en la que ayuda a los unitarios: “Llegó el año 1841 en que el tirano Juan Manuel de Rosas, afianzó su dominio en el territorio de la Confederación. Cada pueblo era un feudo [...] y la patria entera un panteón donde la libertad yacía sepultada” (Echagüe, 1945, p. 171). El general Mariano Acha (unitario) resulta vencedor en la batalla de Angaco,

pero luego es derrotado por Benavídez: “cayó al fin, como un mártir, después de haber demostrado que tenía el alma de un héroe” (Echagüe, 1945, p. 173). Martina no participa de las batallas, pero, a pedido del prior de un convento, ayuda a dos unitarios porteños (el teniente coronel Jacobo Yaques y el sargento mayor Pablo Buter) a cruzar el río para que puedan escapar de la persecución de los federales. Martina tiene en este caso una posición muy diferente de la que presenta el relato de Quiroga: “Yo no sé qué es eso de ‘federales’ y de ‘unitarios’” (Echagüe, 1945, pp. 176-177).

Luego de esta aventura, Martina vuelve a su pago y deja de andar. Los laguneros esta vez la reciben bien: su fama ha cambiado. En la versión de Quiroga, en cambio, una vez terminada la batalla que le permite a Benavídez recuperar la ciudad de San Juan, el proceso subsiguiente es parecido al descrito anteriormente: “Una vez contenido el furor guerrero por un repentino arreglo de paz, muchos gauchos de mala índole sentían todavía necesidad de más impresiones y de dar rienda suelta a sus instintos salvajes” (Quiroga, 1865, p. 222). Martina vuelve a las andanzas y se une a un grupo de famosos salteadores; juntos “cometieron algunos robos y asesinatos y ganaron las emboscadas de los caminos” (Quiroga, 1865, p. 222). Aquellos temibles bandidos que asolaron San Juan fueron capturados y posteriormente ejecutados o encarcelados; solo Martina logró escapar y “se conserva aún errante en esos escabrosos parajes” (Quiroga, 1865, p. 222).

A mediados de siglo, Martina vaga en soledad por la Sierra de Pie de Palo y sus alrededores. La vida tranquila provoca una nueva pasión. Pedro Quiroga narra el tópico ya mencionado en las historias del gaucho fuera de la ley: el rapto de la persona deseada. Pero en su versión es Martina la que ejecuta el rapto, y el muchacho de quien ella se apodera no comparte los deseos de su raptora¹⁰. Acaso por carecer de la información necesaria y no atreverse a imaginar un desarrollo ficcional, el episodio pasional queda inconcluso; lo interrumpe la narración de un hecho político solo insinuado: el asesinato del caudillo federal Nazario Benavídez. “El año 1858 pasaba el Chacho con

¹⁰ También Echagüe incorpora un episodio pasional en el que es la protagonista la que toma la iniciativa, pero sin ejercer violencia: Martina consigue un ayudante, Ñor Féliz, a quien le transmite sus saberes gauchos. Se enamora de él y le propone casamiento, pero el muchacho la rechaza y huye.

sus divisiones riojanas llamado por la comisión nacional que se dirigía a San Juan por asuntos que nadie ignora” (Quiroga, 1865, p. 222), dice el narrador, que ha evitado en más de una ocasión pronunciarse políticamente. Martina vuelve a ponerse a las órdenes del líder riojano. En 1862, las fuerzas del Chacho se rebelarán contra el gobierno nacional atacando las provincias de La Rioja, Córdoba, San Juan y San Luis. En 1863, Peñaloza llevará a cabo otro intento de rebelión, pero será derrotado en Caucete (San Juan) y, poco después, capturado y ultimado en Olta (La Rioja). El relato de Quiroga sobre la participación de Martina en estas campañas militares, por un lado, destaca su desempeño como espía –tal como lo hacía en las tropas de Facundo– y sus virtudes guerreras; y por otro, pone a los montoneros del Chacho fuera de la ley¹¹: “ella les servía de guía en todas las partidas de saqueo que hacían aquellos por los contornos de la ciudad” (Quiroga, 1865, p. 222). Martina primero es parte de la delincuencia: es la baqueana salteadora que integra la montonera del Chacho; pero una vez concluida la rebelión, a causa de “la muerte del caudillo”, concluida entonces la acción militar, Martina pasa bruscamente del otro lado de la ley; deja de vagar – “tuvo la previsión de fijar su domicilio en el Valle Fértil” (Quiroga, 1865, p. 223)– y se encarga de “dar aviso a las autoridades de todos los intentos más que meditaban los montoneros que habían quedado por entonces dispersos en pequeños grupos asolando las poblaciones de la campaña de la provincia de San Juan” (Quiroga, 1865, p. 223).

¹¹ Adriana Amante señala que, en *El Chacho*, Sarmiento adopta como estrategia argumentativa para justificar la muerte de Peñaloza desplazar al caudillo riojano de su posición de general de la Nación a la de bandido, salteador, *outlaw*. Sin embargo, según Amante, esa estrategia jurídica comprende una discusión política:

no se trata solamente de la justificación del acto como legítimo, porque habría estado dentro de lo que manda la ley, para quedar bien parado frente al juicio de la historia. Se trata también de su disputa con el gobierno nacional. [...] el gobierno de Mitre consideraba a Peñaloza un ‘general de la Nación’ y había hecho un tratado con él; y Sarmiento se pregunta: ¿*tratado*? No le parece que sea la forma más adecuada de relación entre el gobierno y un bandido, pero tampoco de un gobierno con un general (2013, p. 141).

Y para desacreditar la posición de quienes le negaban su apoyo, Sarmiento hace pública una carta privada del gobierno nacional en la que se le indicaba que trate con el Chacho como se trata con los bandidos, agrega Amante. Es así que Sarmiento, más que intentar atenuar su responsabilidad en la muerte del Chacho a manos de uno de sus hombres (el mayor Irrazábal), le estampa su firma con orgullo, concluye Amante (p. 141).

Ha comenzado entonces el camino de redención, aquello que habilita el relato biográfico, porque el relato sobre el gaucho matrero se inicia cuando este detiene su movimiento (fundamentalmente su huida). En el presente de la enunciación, 1865, Martina es una mujer mayor que goza de un “prestigio sobre natural” y genera admiración en quienes la tratan, por “cierto espíritu agorero y misterioso”. Su transformación involucra una cuota de traición: “Hoy se ejercita en servir de *vaqueano* [sic] a los viajeros que transitan por caminos escusados, habiendo librado a muchos de las asechanzas de los bandidos que hasta hace muy poco los ha frecuentado” (Quiroga, 1865, p. 223). Y no solo guía a los viajeros y los aleja de los salteadores, sino que por su conocimiento de la naturaleza y sus habilidades de *rastreadora* también los mantiene a salvo del mal tiempo y los animales. Aunque brinde otro tipo de auxilio, se ha transformado en la digna heredera del legendario Calíbar.

Error de cálculo mediante (en cuanto a la edad de Martina y el tiempo transcurrido), Echagüe pega un salto en la historia y pasa a referir los últimos meses de vida de Martina: “Cuarenta y cuatro años pasaron. Martina Chapanay había envejecido, pues, y en 1874 cumplía sus sesenta y seis años de edad” (Echagüe, 1945, p. 183). Martina va debilitándose y postrándose. Una última promesa la pone en movimiento para mudarse a su último asilo: “A fines de julio de aquel año [1874], pudo, sin embargo, trasladarse a Mogna. Allí residía una india de su misma edad, con quien la ligaba una antigua y cariñosa amistad” (Echagüe, 1945, pp. 183-184). Martina quiere devolver “las caravanas de la Virgen del Loreto” a un sacerdote. Estas son parte de un robo cometido por el Doctor, quien cedió su botín a Cuero para que este lo aceptara en su banda. Mientras yace moribunda, Martina recibe la visita inesperada de un religioso, un peregrino. Este hombre resulta ser el Doctor, que también está cumpliendo la promesa de restituir a la iglesia de Santiago de Estero otra parte del botín porque la Virgen lo ayudó cuando la policía lo tenía cercado. Se trata de un crucifijo muy valioso que había estado en poder de Cuero. Este bandido tomó la decisión de devolverlo cuando supo que su final estaba cerca. Y fue justamente el Doctor, convertido en sacerdote franciscano, quien lo auxilió durante su agonía. Sin reconocer al Doctor, creyendo que se trataba de un sacerdote más, Cuero le pidió que restituyera el crucifijo a la iglesia de Santiago del Estero. Es decir que el final de Cuero es igual al final de Martina.

Y así la trama se cierra cabalmente mediante la figura del Doctor que, de manera inverosímil e inesperada, aparece en las agonías de los dos personajes. Luego de devolver las caravanas, Martina se confiesa y muere. El Doctor-sacerdote llevará las reliquias a la iglesia de Santiago del Estero y luego continuará su camino a Tierra Santa. Martina es enterrada en Mogna. Su tumba, a pesar de no tener inscripción, constituye un *lugar*, según la conceptualización de Paul Zumthor: “un conjunto de signos se acumulan en él y se organizan en él como un Signo único y complejo, de donde resulta su coherencia, análoga a la de un texto [...] en el que se inscribe una historia” (1994, p. 52). La tumba *localiza* el espacio simbólico de la leyenda.

Conclusión

Pedro Quiroga decide contar la historia de Martina cuando ella aún está viva. El final del relato deja a la protagonista situada en un presente –casi intemporal– separado de cualquier acontecimiento histórico; el autor busca instalar una atmósfera que propicie lo legendario: “Los viajeros que han tenido ocasión de conversar largamente con esta mujer [¿el autor entre ellos?], encuentran en ella cierto espíritu agorero y misterioso y una observación reconcentrada que le da un prestigio sobre natural” (Quiroga, 1865, p. 223). Pero antes del final, Quiroga ya ha puesto a Martina en contacto con la leyenda, con la muerte, con lo sobrenatural, y este ha sido el momento de condena de la violencia criminal y política, el que borra las fronteras entre salteadores y montoneros¹². Luego de referirse a una de las quebradas del cerro Pie de Palo, el narrador nos lleva por un camino que

¹² El 12 de julio de 1865, pocos meses después de la publicación del relato de Pedro Quiroga en el *Correo del Domingo*, el diario *La Tribuna* de Buenos Aires reproduce una noticia del *Zonda* de San Juan –cuyo principal redactor entonces era casualmente Pedro Echagüe–, titulada “Montoneros” (es probable que el título le pertenezca al medio porteño), en la que se puede observar claramente esta equiparación de los criminales y los miembros de la montonera:

El Juez de Paz del Departamento de Valle Fértil ha oficiado al Sr. Gobernador, haber nuevamente reaparecido en los alrededores de aquella campaña, el famoso salteador Carrizo, juramentado en los días que tuvo su hora postrera la federación. [...] El Juez de Paz anuncia haber tomado activamente las medidas conducentes a darle alcance y escarmentarlo. Desearíamos que algún Irrazábal [el hombre que mató al Chacho], o por lo menos un imitador, fuera el de esa expedición. Parece que este bribón se ha aprovechado de otro movimiento de igual carácter, que ha tenido lugar en La Rioja con motivo de la movilización de fuerzas (p. 2).

corre entre grandes piedras detrás de las cuales puede esconderse una banda de salteadores y atacar por sorpresa a un viajero. Este paraje es conocido como Las Peñas y se ha hecho famoso porque allí se han cometido muchos robos y asesinatos. Entre las cruces de madera que señalan el sitio de esas muertes sobresale la de *la milagrosa Correa*, a quien los viajeros le rezan y dejan ofrendas.

En 1840 Deolinda Correa murió de sed y fatiga en Vallecito, muy cerca del cerro de Pie de Palo, luego de caminar varios días detrás de las tropas montoneras que habían reclutado por la fuerza a su marido. Angustiada por la suerte de él y acosada por el comisario de Angaco, el pueblo donde vivía la pareja, Deolinda emprendió la marcha por el desierto sanjuanino con su bebé en brazos. Los arrieros que encontraron su cuerpo sin vida se sorprendieron al ver que su hijo había sobrevivido gracias a que continuaba amamantándose de su madre. La muerte originada por la violencia de las montoneras se mezcla entonces con las de las víctimas de los asaltantes que pueden ocultarse en esas grandes piedras. Por estos parajes vaga Martina en soledad. En estos días de su historia, ya no asalta a los viajeros, solo les pide algunos víveres o trata de ganárselos mediante su astucia: esconde algunos de sus animales, ofrece su ayuda para encontrarlos y, luego de que los devuelve, recibe de estos viajeros alguna recompensa. Aunque todavía queda por delante su participación en las montoneras del Chacho, donde Martina colabora con el saqueo de los seguidores del caudillo, Pedro Quiroga comienza a tender para su protagonista el camino que conduce a su conversión.

Si bien afirma haber presentado una “leyenda histórica”, es decir, una leyenda que narra sucesos singulares enmarcados en hechos de trascendencia social y política, como fueron las guerras civiles de la Argentina entre fines de la década de 1820 y principios de la de 1860, en su texto predomina el componente histórico. Según Erich Auerbach, en la leyenda el relato no presenta inconexiones o falta de claridad respecto del curso de los hechos y las acciones de los personajes: “La leyenda ordena sus materiales en forma unívoca y decidida” (1996, p. 25). El narrador del relato de Quiroga sostiene un punto de vista siempre lejano y, por esa razón, no le hace lugar a los detalles ni al desarrollo de los episodios. Casi nunca tenemos el punto de vista de Martina, y poco sabemos de lo que piensa;

sabemos, en cambio, lo que siente, Martina actúa por impulso. Pero la forma leyenda histórica le permite, en 1865, situar forzada y precipitadamente las luchas civiles –sobre todo las montoneras– y el bandidismo en el pasado. La leyenda se pone al servicio de la ley, colabora en la constitución simbólica de un estado nacional en vías de consolidación.

Casi veinte años después, cuando habían llegado a su fin las guerras civiles, cuando las montoneras habían sido derrotadas, cuando ya se había liquidado casi toda resistencia indígena, se había consolidado el estado nacional y la idea de progreso empujaba al país hacia una modernidad espiritual y material, Pedro Echagüe hace de la historia de Martina Chapanay una novela. Aquí sí tenemos una mirada más cercana a la protagonista; más que sus instintos, sus impulsos, conoceremos su remordimiento, su moral. Echagüe hace de Martina una pecadora, alguien que se equivoca al dejarse llevar por una pasión amorosa cuando escapa con Cuero, pero que luego intenta enmendar sus errores, quedar en paz con la justicia, sin que ello le impida dar rienda suelta a su espíritu matrero, aquel que la sustrae de quedar sujeta al sistema productivo y que la habilita a tomar distancia de su papel social de mujer pobre, cumpliendo un lugar de servidumbre dentro del ámbito doméstico. Echagüe la presenta como una “especie de Quijote de las travesías cuyanas”; esto la carga de nobleza a la vez que la *desubica* temporal y espacialmente; se trata de hacer del matrero (salteador y montonero) un ejemplar inofensivo, se trata de desactivar su poder disruptivo (ya bastante diezmado y cooptado para entonces). En la novela, Martina no fue federal ni montonera; fue una salteadora arrepentida, convertida más tarde –como también lo cuenta Pedro Quiroga– en un ser solidario que protegía al viajero, y que ahora –en el presente de la enunciación–, tras su muerte, se ha transformado en objeto de culto y espacio de cultivo (cultural) para el relato folclórico: “Aquella tumba (...) es señalada todavía en Mogna a los transeúntes, y en torno suyo han brotado, como flores silvestres, innumerables leyendas que cuentan las hazañas, nunca superadas, de la varonil bienhechora de las travesías...” (Echagüe, 1945, p. 193).

En 1920, en su *Historia de la literatura argentina*, Ricardo Rojas dedica unas páginas a la figura y la obra de Pedro Echagüe, aunque solo destina un par de líneas a *La Chapanay*: “auténtica narración, esta última, sobre un gaicho

macho-hembra que vivió en San Juan, y que es hoy legendario en el folclore cuyano” (1957, vol. 6, p. 394). En tiempos en que el gaucho era el símbolo caballeresco y viril de un nacionalismo muy afianzado y expandido, Rojas decide que prevalezca el género masculino en la caracterización del personaje, no admite la flexión femenina para el lexema *gauch-* (a pesar de que Echagüe articula gaucho-hembra y hasta usa, una vez y peyorativamente, *gaucha*) y se ve obligado al atributo compuesto. En la Martina legendaria aún quedaba un resto indócil a la clasificación; allí persistía su cualidad matrona.

Referencias

- Amante, A. (2013). La trama. Sobre *El Chacho* de Sarmiento en *Las Ranas*, núm. 8, 137-149.
- Auerbach, E. (1996). *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Fondo de Cultura Económica.
- Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Kairós.
- Chumbita, H. (2013). *Jinetes rebeldes. Historia del bandolerismo social en la Argentina*. Colihue.
- Cutolo, V. (1978). *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, t. V. Elche.
- De la Fuente, A. (2000). *Children of Facundo. Caudillo and Gaucho Insurgency during the Argentine State-Formation Process (La Rioja, 1853-1870)*. Duke University Press.
- Echagüe, P. (1945). *La Chapanay*, en Pedro Echagüe, *Dos novelas regionales*. Jackson.
- Estrada, M. (1962). *Martina Chapanay. Realidad y mito*. Imprenta Varese.
- Gutiérrez, E. (2001). *Juan Moreira*. AGEA.
- Hobsbawm, E. (2001). *Bandidos*. Crítica.
- Quiroga, P. D. (1865). Martina Chapanay. Leyenda histórica americana. *Correo del Domingo*, vol. 3 (65 y 66).
- Quiroga, P. D. (1871). Martina Chapanay. Leyenda histórica americana. *Monitor de la Campaña* (8, 9, 10 y 11).
- Rodríguez Pérsico, A. (1993). *Un huracán llamado progreso. Utopía y autobiografía en Sarmiento y Alberdi*. Interamer-OEA.
- Rojas, R. (1957). *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, vol. 6 (Los proscritos II). Guillermo Kraft Limitada.
- Sarmiento, D. F. (1973). *El Chacho. Último caudillo de la montonera de los Llanos*, en Pedro Orgambide (pról. y ed.), José Hernández, Domingo F. Sarmiento. *Vidas del Chacho*. Rodolfo Alonso.
- Sarmiento, D. F. (2000). *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas*. Prólogo de Daniel Alcoba. Buenos Aires: Planeta DeAgostini.
- Zumthor, P. (1994). *La medida del mundo. La representación del espacio en la Edad Media*. Cátedra.